

EL ARGENTINO, UN HOMBRE DE CONTRADICCIONES Y EL PROBLEMA DE LA EDUCACIÓN

THE ARGENTINE, A MAN OF CONTRADICTIONS AND THE PROBLEM OF EDUCATION

W. R. DAROS
UAP¹

RESUMEN: El presente texto describe la situación del ser de los argentinos desde la perspectiva de la influencia que ha tenido la cultura de la conquista española en nuestro país, la Argentina. Se analizan, luego, las contradicciones en la que vive la mayoría de los argentinos. Se presenta, también, el problema de la ambivalencia de los argentinos creativos, pero luego resignados a un país crónicamente enfermo de inflación y de presencias autoritarias. Se estudian los modelos de país y de proyectos políticos que predominaron en Argentina. Se consideran, además, los problemas que esta situación cultural genera en el proceso de educación y se reflexiona sobre los valores del desarrollo, de la libertad y de la igualdad.

Palabras claves: Argentina - contradicciones - resignación - creatividad - educación

ABSTRACT: This paper describes the state of being of Argentines from the perspective of the influence that the culture of the Spanish conquest of Argentina has had. The contradictions, in which people lives, are then analyzed. The problem of the ambivalence of Argentines creative, but then resigned to a country with chronically ill inflation and authoritarian presence, is also presented. The models of country and political projects that dominated Argentina are also studied. The problems, that cultural situation in the education process create and reflect on development values of freedom and equality, are considered.

Keywords: Argentina - contradictions - resignation - creativity – education

El *problema* que nos ocupa es el de percibir la influencia que ha tenido la cultura de la conquista española en nuestro país, la Argentina. Partimos de un *supuesto teórico* psicológico e hipotético, según el cual, los seres humanos actuamos teniendo presente tanto nuestra debilidad humana como nuestra posibilidad de evadir la fuerza del más poderoso, mediante las astucias de la razón que reconocía Hegel, y la “viveza criolla” de la que hablamos los argentinos. La reflexión sobre algunos datos históricos y actuales nos puede llevar a advertir la notable presencia condicionante de la cultura heredada y latentemente transmitida. Se hace la *hipótesis* de que la educación es un recurso que puede ayudar a un cambio en el modo de ser contradictorio de los argentinos.

I.- Defensa de las apariencias: el argentino, un hombre de contradicciones

Ortega y Gasset, cuando reiteradamente visitó nuestro país, advirtió rápidamente la importancia que tenía la apariencia, la “fachada” o presentación para el Argentino. Este no sería un aspecto criticable, si estuviese fundado el algo que respalda la apariencia. Mas la apariencia y fachada es todo lo que parece haber. Se trata como de un accidente al que no subyace ningu-

¹ El autor agradece a la Universidad Adventista del Plata (UAP) el otorgamiento de una beca para la elaboración de un *Ensayo sobre la educación en Argentina*, del cual este artículo forma parte.

na sustancia. Otros autores confirman esta impresión: el “fachero”, o “sobrador”, “sabe que, en nuestro país, todo aquel que asume una apariencia importante, no tarda en volverse importante. Cuando condesciende a saludar -inexpresivo el rostro y apretados los labios-, se diría que concede una merced” (Mastronardi, 1992: 96).

El argentino que llamaremos “típico”, absorbido por la cultura “argentea” (plateada, preocupada desorbitadamente por el dinero) -y, por cierto, no lo son todos los argentinos- percibe esa carencia de realidad y de fundamento para lo que desea ser. Por ello, la vida del argentino típico -siempre se dan dignas excepciones- *está a la defensiva*, exhibiendo exageradamente siempre sus cualidades presuntas o reales: los extranjeros ven al argentino de las grandes ciudades como un agrandado, un hacendado (aunque hace excepción a esto, el hombre de pequeños campos o del interior).

Por ello también, la vida del argentino es insegura, porque sabe en su intimidad que está en una posición social, en una profesión o prestigio, en donde no debería estar. Valga un ejemplo: el título de “doctor” es un título por un lado muy apetecido y, por otro, carente de valor, porque cualquier licenciado en medicina, abogacía, escribanía, o bioquímica se aplica el título académico de “doctor” sin haberlo adquirido y lo exhibe orgullosamente con una placa de bronce frente a su domicilio. Más aún, la ley consuetudinaria le permite usarlo dada la costumbre generalizada del abuso. Estas actitudes terminan corrompiendo el lenguaje, desaminando la adquisición de un título ya que puede ser utilizado legalmente sin esfuerzo alguno para adquirirlo (Gallo, 2005: 49-64).

Esto hace de la vida promedio del ser argentino, una vida deshonesto, falsa. En el hombre argentino hay una *contradicción radical* que se manifiesta luego de variadas maneras: promete pero no cumple; si es pobre intenta que no se vea; puede ser halagador u obsecuente cuanto estás ante él, pero que no temerá difamarte cuanto no estés presente.

Lógicamente la contradicción se oculta y para esto está el uso del eufemismo, tan utilizado entre los argentinos: no hay robo, hay *desprolijidades*; no hay viejos, hay *ancianos*; no hay pobres, hay *humildes*; no hay hambre, hay *necesidades básicas insatisfechas*; no hay saqueo institucionalizado, hay inflación, “depreciación de la moneda”; no hay extorsión mafiosa sino “retorno”.

Por un lado se presenta, en discursos, el “destino de grandeza” de nuestro país; por otro, se oculta el país que hacemos y que “no nos merecemos”. Por un lado, se critica el desmedido gasto público; pero, por otro, se exige siempre la intervención del Estado como si no hubiese gasto público.

Por un lado, se afirma que “el pueblo nunca se equivoca”, y por otro, se sostiene que “este pueblo nunca aprende”. O se está con España o con los criollos; o se es unitario o se es federal; o se está con la civilización o se está con la barbarie; o se es peronista o se es radical; o con Rusia o con Norteamérica; con los pobres o con los ricos; o con los fuertes o con los débiles.

Por un lado, se pide préstamo sin reflexionar en las posibilidades futuras de pago; pero, por otra, se atribuye la responsabilidad de nuestra magra economía a la banca extranjera que presta y no a la irresponsabilidad de pedir sin poder devolver lo pedido.

Por un lado, el argentino típico parece manifestar chispazos de lúcida inteligencia, pero por otro, asume comportamientos infantiles guiados por una afectividad poco lúcida. Por un lado, se expresa con total despreocupación por lo común (no cuidado, por ejemplo, de las plazas y lugares públicos); y, por otro, entregas generosas de ayuda a los necesitados en situación de catástrofe colectiva.

Por un lado los grandilocuentes discursos sobre el respecto a la persona; y por otro, el desprecio por toda señal de tránsito y de prioridad peatonal para el débil. Ante la inseguridad social íntima es comprensible que el argentino se pregunte, por un lado, cómo lo ven las demás personas (y las demás naciones) y desea que se lo vea bien (casi como un libertador de América al que toda América debería estar eternamente agradecida); pero por otro, es el primero en quejarse y realizar una crítica feroz a su propio país, y a no darle importancia a los símbolos patrios (confundidos con las manifestaciones militares); porque de sus dos siglos de vida, más de uno ha sido un campo de batalla militar o decidido por intervenciones militares.

La contradicción del ser argentino, por una parte, parece manifestar un acrisolado egoísmo, donde él es siempre el primero (y no cede el paso o el lugar sino con disgusto o bocinazos, aunque una anciana esté cruzando la calle en las francas blancas preferenciales para peatones); pero por otra, puede dar muestras de caballerosidad cuando se lo propone.

Por un lado, puede ser ahorrador, lamentarse de sus pocos recursos y regatear el sueldo a sus obreros o dependientes; pero, por otro, puede gastar sin medida para hacer manifiesta su capacidad económica en circunstancias puntuales (vacaciones, cambio de automóvil, la fiesta de la nena, etc.).

Por una parte, ve al Estado como un perseguidor fiscal; pero por otra, en situaciones críticas, espera todo de él. Por un lado, al pueblo argentino le falta paciencia con la democracia - siempre imperfecta y que requiere largos tiempos para autocorregirse-, y por otro, por suerte, también le falta paciencia con las dictaduras. Resignadamente festeja los inicios y desea los finales de los gobiernos, porque en estos procesos raramente ha intervenido el pueblo (aunque todos los gobiernos apelan a él), sino los grupos de poder.

En realidad, una mentalidad dicotómica es una mentalidad aún infantil o adolescente, simplificada, impaciente, que todo lo reduce a dos aspectos contrapuestos.

II.- La resignación

La vida, para el argentino, es, sociológicamente hablando, algo que pasa, que se pasa, que sucede; no algo que se decide. Ante las calamidades sociales, el ciudadano “resigna”, acepta la situación y vuelve a signarla, a darle otro significado, generalmente el significado de lo incambiable, de lo inevitable, de lo inmodificable: el destino.

Su música típica, el Tango, tiene una letra lastimera y quejosa. Enrique Santos Discépolo, quizás el escritor de música de tangos más paradigmático, ve al siglo XX como un “cambalache”, un lugar precario en donde se intenta vender de todo, sin criterio de calidad: El que no llora no mama, el que `labura` es un gil, todo es igual. No hay valores, no hay respeto por las leyes. Todos traicionan; también las mujeres, menos la propia madre que es un santa.

En el argentino, la resignación se consuela con la imaginación, no con la realidad. Con la imaginación que vuelve al pasado idealizándolo y, entonces, todos nuestros héroes fueron grandes personas sin defecto alguno. Pero, en el ámbito de la resignación, el presente se percibe como desasosiego y manifiesta insatisfacción con los logros sociales actuales.

En la posmodernidad, los grandes valores de la verdad, la justicia, el ahorro, la honestidad, respecto por la ley se perciben con ironía y desilusión. Pero en la Argentina, esta desilusión tiene un respaldo histórico. El argentino se ha visto defraudado frecuentemente por las instituciones política, militares, policiales, bancarias, etc. en las que ha intentado confiar.

El argentino en su natural bipolaridad o contradicción puede sostener al mismo tiempo y resignadamente que “peor no podemos estar”, y que “en Argentina siempre es posible estar peor”. En un clima generalizado de confusión afectiva y social, las personas pueden llegar a buscar a pasar el tiempo, divertirse a corto plazo, sin buscar ser feliz a largo plazo.

III.- Creatividad poco sistematizada

Los argentinos, en general, se estiman muy creativos, capaces de componer o arreglar casi cualquier cosa con precarios recursos, “atándola con alambre”.

Lamentablemente, la riqueza que implica la creatividad se devalúa porque se trata de una creatividad ligada a una forma de vida con improvisación innecesaria, fruto de la falta de rigor y de la desidia, de la ausencia de exigencia de calidad, de poca responsabilidad.

La creatividad es útil y necesaria en todo proceso de investigación y consiste en percibir relaciones nuevas y originales entre los fenómenos o cosas. Pero la creatividad es útil cuando a ella le sigue la perseverancia del esfuerzo, de la prueba o refutación que constata el valor de lo inventado o imaginativamente creado.

IV.- Los silenciosos argentinos de excepción

Sin embargo, la Argentina no habría podido subsistir sin un gran número de hombres que hacen excepción a estas características mencionadas.

El argentino ha recibido de los nativos el amor a su tierra, variada y rica en recursos naturales; y si bien es un hombre abierto a las formas de ser de otros países -la mayoría de los argentinos de la clase alta y media ha salido de la Argentina y visitado otras naciones- está orgulloso de su tierra, aunque no de sus instituciones y raramente de sus gobernantes.

Las excepciones a los hombres de fachada no son pocas. Se trata de innumerables personas que trabajan sacrificadamente, que forman familias e intentan realizar sus proyectos personales y profesionales, con eficiencia y lo mejor posible, dentro de la adversidad de una organización social poco previsible e insegura.

Lamentablemente esas innumerables personas, inteligentes, afectivas, generalmente de pocos recursos económicos, perseverantes, silenciosos, no son un modelo social públicamente apreciado. De hecho y lamentablemente, ocupados en ser eficientes en su tarea o funciones, parti-

cipan poco en los asuntos públicos y poco pueden lograr en la lucha por cambiar la situación social vigente.

V.- El modo de ser de los argentinos como un problema cultural

En la segunda mitad del siglo XX, el problema del desarrollo estuvo muy presente en la Argentina. En esa segunda parte del siglo, la Argentina comenzó a rendirse ante la inflación. Cuando los países europeos se recuperaron de esa locura por el poder que fue la segunda guerra, los productos agrícolas de Argentina ya no eran tan necesarios.

Sin embargo, Argentina crecía en población pero no en producción en forma adecuada. Entonces la solución más fácil era producir billetes sin respaldo: la inflación que siempre ha castigado a quien no tiene nada que vender, a las personas de bajos recursos que tienen que comprar su sustento. Actualmente se sigue utilizando el mismo recurso.

El presidente Arturo Frondizi inició entonces, en 1958, un movimiento político bajo la bandera del desarrollo: el “desarrollismo”. Se consideraba que el desarrollo económico era la condición necesaria para que luego le siguiera naturalmente y como por inercia el desarrollo en los otros órdenes de la vida (democracia, justicia social, educación, cultura, estabilidad política, etc.) (Sarlo, 2001).

No obstante, en el siglo XXI, Argentina está lejos de haber alcanzado el desarrollo, *per cápita*, que tenía en 1928.

Ni los gobiernos elegidos democráticamente, ni las frecuentes intervenciones militares, lograron el desarrollo argentino. El militar Onganía se propuso lograr, por la fuerza, una recuperación primero económica, luego social y finalmente democrática. Al tercer año de gobierno dictatorial había fracasado.

El ejemplo que venía de Europa y de Estados Unidos (después de su gran crisis o depresión económico-financiera), países ahora económicamente desarrollados, parecía ser otro. Primero se debía recuperar y hacer confiables las instituciones políticas y la seguridad judicial e invertir en la preparación de los ciudadanos para una mejor calidad de vida y mayor productividad económica del país.

Argentina, en realidad, había logrado esto entre 1853 y 1930, aún con aspectos criticables. Sus gobernantes generaron una Constitución nacional, crearon escuelas, un código legal, generaron un sistema de educación pública y gratuita, establecieron un ordenamiento dentro de una democracia que aún dejaba mucho que desear.

Desde 1930 a 1983, exceptuando breves períodos, se perdió la democracia y se generó la ruptura del orden constitucional; se dio la sensación de que las cosas podían arreglarse a base de la imposición y por la fuerza, estableciendo a dedo a los que el gobernante estimaba mejor entre sus amigos o conocidos. Los militares, creyéndose más capacitados para gobernar y ordenar la economía, dada su disciplina, lo intentaron y fracasaron una y otra vez (Halperín Donghi, 2009).

India, sin embargo, parecía ser un contraejemplo a la idea de que la economía se arregla con democracia: era un país democrático, y no obstante no había logrado desarrollarse.

Esto indicaba que la democracia era necesaria, pero no suficiente para generar desarrollo. La democracia es un sistema de gobierno político que, tras un largo período de tiempo, enseña a la mayoría que se puede cambiar y corregir errores.

La democracia se presenta, pues, como un medio, pero el desarrollo humano *requiere mucho más*. Exige algo cultural, algo implicado con una concepción de valores y de vida: tolerancia ante la diversidad de opiniones, discusión racional, extirpar la corrupción y posibilitar el desarrollo económico de modo que cada uno *produzca* bienes, con trabajo, ahorro, inversión, y logre vivir todo lo dignamente que quisiera o pudiera. El *desarrollo humano* exige un desarrollo también político y transeconómico (de modo que lo económico no sea el valor supremo de la vida humana); pero, por otra parte, *no puede ser un desarrollo opuesto a lo económico, antieconómico*, pues si los hombres dejasen de producir lo requerido para la existencia, la democracia por sí misma, o el solo desarrollo político, no aseguraría una vida humana. Lamentablemente, con frecuencia se percibe el proceder con mentalidad económica como un proceder antihumano; pero no se percibe, sin embargo, la tradición de la conquista española y católica como una tradición donde ha primado la cultura de la dominación: primero de los reyes, luego de los caudillos, después de los estancieros y hoy de los empresarios exportadores (y no la cultura de la libertad para la creatividad, de la libre empresa, de la producción e inclusión). El caudillo no gusta de la competencia (intelectual, económica, etc.), sino de la adhesión al caudillo y a su modo de ver y tener.

Alberdi, a mediados del siglo XIX, proponía abandonar la gloria militar ya lograda, por la más prosaica gloria de la industria, de la producción y del comercio (Alberdi, 1952: 75).

“Los administradores empresarios tradicionales de la Argentina -tanto de empresas privadas como del gobierno- reiteran el patrón de autoridad/sumisión que el argentino encuentra en el hogar, en la escuela y en la Iglesia. Priva al argentino de un sentido del logro y, como resultado, de autoestima. Magnifica el sentido de inseguridad e inspira odio, que el argentino muchas veces descarga sobre sus hijos” (Harrison, 2007: 361).

En este clima, es más difícil que surja la idea de participación y beneficios para ambas partes, como en una administración empresaria participativa moderna, donde el personal se identifica con la sociedad laboral; por el contrario, surge el odio, la envidia, el cansancio, el ausentismo ante la tarea, pero también el temor a la pérdida arbitraria del empleo. Por otra parte, el empresario, de hecho, tampoco ve al empleado como a un socio y no moviliza fondos para su educación, salud, vivienda, etc. La gran sociedad argentina se compone de pequeñas sociedades menores (familia, empresa, clubes, etc.) que no tienen una tradición y cultura democrática.

No es suficiente una constitución republicana y leyes que posibiliten la vida democrática para que ésta sea una realidad. Se requiere una voluntad política democrática que genere y sostenga la voluntad democrática de los habitantes. Solo las *costumbres democráticas -hechas tradicionales y culturales formas de vida-* conservan la democracia (Aristóteles, 2002: 15). La democracia -lo mismo que cualquier otro sistema, incluso los corruptos o mafiosos- requiere de un círculo que mutuamente se refuerce: no hay democracia ni corrupción si no la hay *a la vez* en los gobernados y en los gobernantes. Ahora bien, el pasaje de un sistema a otro -si es cultural-

se hace lenta y progresivamente, aprovechando el esfuerzo y control constante para crecer en la democracia; o el cansancio y la tolerancia de la mayoría para aceptar crecientes grados de abuso y corrupción. Como la democracia se mejora con la democracia, esto implica un aprendizaje largo, paciente y doloroso.

“Tanto los Estados Unidos como la Argentina padecieron la crisis económica de 1930; pero fue en la Argentina donde, como consecuencia, sucumbió la democracia. Tanto Italia como la Argentina padecieron el desafío terrorista de los años setenta; pero fue en la Argentina donde se interrumpió el proceso democrático en nombre de la seguridad amenazada” (Grondona, 2000: 92).

La cultura argentina heredada, y en gran parte la latinoamericana, ha sido justamente la contraria al sistema de vida democrático: se ha intentado vivir de la prepotencia de la conquista, del ocio y de la explotación del débil; o en último caso, del préstamo. En la década del '70, escuchábamos al ministro de economía Martínez de Hoz, afirmando que era fácil vivir con dinero; pero lo que había que hacer era vivir del préstamo; y esto justificó la generación de una deuda externa hoy impagable, si no se sacrifica a varias generaciones.

Después de la conquista, se abrían dos caminos a los residentes en la Argentina: o aceptarse como vencido, o imitar al vencedor por su poder pero envilecido por su mezquindad. La tercera vía, la más dura, consistía en *crear en su propio valer*, en crear o revivir sus propios valores, no los de los hombres “cultos” europeos. Y eso es lo que hizo la mayoría callada de los argentinos (el gaucho o criollo o, en general, el hombre del interior y no urbano) *viviendo en sus humildes chozas la alegría del sol diario*, sin dejarnos grandes escritos o monumentos para recordación de su grandeza y cultura. Aquí yacía *la identidad oculta* del argentino y, en general del iberoamericano, que tanto fastidiaba al europeo o al norteamericano los que la tildaban a los criollos de indolentes e improductivos. Los próceres europeizados querían prontamente no solo traer al europeo y a las maestras norteamericanas, sino también a la estructura de esos países, sin creer posible ni esperar una lenta y paulatina adecuación, con matices propios, del indígena y del gaucho, a la visión moderna de la vida.

En Argentina hay mucho Estado (imposición de autoridad) y poca sociedad (sentimiento de ser socio); y esto es fruto del *desarraigo social*, del hecho de que la mayoría (los indígenas y el pueblo criollo) no participó en la construcción del proyecto social, sino que tuvo una actitud de indiferencia. Este proyecto europeizante fue pensado por algunos próceres del siglo XIX, educados en Europa o por los europeos residentes en Buenos Aires.

“La indiferencia es el punto más agudo y hondo a que puede llegar el desarraigo social. En esa actitud extrema, el desarraigo puede llegar hasta paralizar los últimos repliegues positivos del individuo, provocando dos pautas opuestas: la pasividad o la agresividad... Cualquiera de las dos actitudes nacen del desprecio al entorno societario. En la primera, escamoteando su acción y su dinamismo. En la segunda, negando su sociabilidad. Así el individuo se convierte en enemigo de su ámbito social y éste del individuo” (Mafud, 2008: 311).

A la *cultura del trabajo y del ahorro* que producía capital excedente para el futuro, el criollo, en un clima de desprotección jurídica y de arbitrariedad del poder, oponía la pasividad, la *cultura del ocio*, de la producción moderada por la necesidad presente y del goce sereno de la

vida en el presente, protegido paternalistamente por el caudillo o el estanciero. Se advierta esta cultura en la genial obra literaria *Martín Fierro*. El criollo prefería su seguridad, su tranquilidad presente sin esperanza de riquezas futuras, renunciando a una mayor libertad prometida o futura, a la toma de decisiones, al riesgo, a la riqueza y al mando. El criollo no manifiesta frustración por no haberse desarrollado económicamente: nunca lo pretendió. Para él, el desarrollo humano implicó una opción sobre *el modo de ser más o menos humano* y no sólo sobre la riqueza (aun entendida como recurso futuro de mayor libertad) (Sen, 2000: 52).

La ausencia de grandes crisis o carencias económicas han hecho del indígena y del criollo, en tiempos de la colonia, hombres del corto plazo, que gozan de los bienes presentes, humanamente atractivos y seguros, pero que no favorecían el crecimiento económico moderno, el cual implicaba apreciar el valor de realizar una riqueza excedente e invertirla para obtener más riqueza futura (capitalizar). Pero también cabe recordar que los beneficios de los que pudieron capitalizar no se revertían en la preparación del criollo o la inclusión del indígena en el proceso productivo, lo que ni fue propuesto luego por Sarmiento mediante la escolarización. No obstante, Sarmiento no temió oponerse a la mentalidad indígena y criolla del interior. La lógica del indígena y del criollo no calzaba ni con la lógica pensada por Sarmiento ni con la de Alberdi. La lógica del mercado propuesta por Alberdi se aplica a los bienes privados; pero puede haber buenas razones para proporcionar bienes públicos como proponía complementar Sarmiento lo que ayudarían al bienestar general futuro y moderno.

En la segunda mitad del siglo XIX, en Argentina, se puede decir que lucharon *tres modelos de visión social*, en el contexto teórico de la idea republicana de división de los poderes y de progreso mediante el comercio agro-exportador: a) el de Echeverría y Alberdi, orientados hacia las ideas culturales de Francia (aunque Alberdi, económicamente orientado a Inglaterra y Estados Unidos), para los que la necesidad de aprender sería exigida por el comercio; b) la de Sarmiento abiertamente orientado a la idea de progreso como la había visto en Estados Unidos y para el que el aprendizaje era una condición necesaria previa, no consecuente; c) la de Julio Roca que prefería una visión prusiana, organizadora del poder militar y luego del resto de la jerarquía social ordenadamente, para quien el conocimiento debía exigirse.

Sin embargo, la *falta de previsión* desde el presente hacia el futuro, considerada desde el largo plazo, ha sido y es una actitud poco racional, irresponsable e injusta para con las generaciones futuras. Por otra parte, la tácita “venganza” de no producir, utilizada como estrategia por el empleado, a largo plazo, no beneficia a nadie.

Las formas de pensar -respecto del trabajo y de la empresa- interactuaban (e interactúan) con las circunstancias, de modo que lo *cultural*, lo *político* y lo *económico* estaban (y están) fuertemente relacionados en un círculo en el que se retroalimentan o debilitan (Harrison, 1987: 201).

En Argentina, con el tiempo, desapareció la idea del vencido: se declaró la independencia, se elaboró la Constitución de los pueblos libres del sur, y hubo que optar por una de las dos alternativas o modelos: el de la inercia sostenido por los caudillos o estancieros -prolongación y pseudópodos de los conquistadores- siempre dispuestos a la rapiña o al regateo- o el del trabajo pero un clima de inseguridad y corrupción, al arbitrio de quienes establecen o quitan las leyes según las conveniencias de quienes las dictan.

“Las famosas Ordenanzas de Toledo, sancionadas por el virrey Francisco de Toledo para el Perú en 1574, que rigieron en nuestro territorio aún después de la independencia, comienzan por reiterar la propiedad absoluta del Rey sobre los metales indianos: `Todos los minerales son propiedad de Su Majestad... y así los da y concede a sus vasallos y súbditos...’” (García Hamilton, 2010: 77).

En Argentina, sólo con el establecimiento de la Constitución Nacional y el alejamiento de los malones, los estancieros del país comenzaron a percibir una mayor seguridad; y luego, lentamente, con la inmigración (en 1914, la población extranjera es del 30% de la población total), una posibilidad más justa y segura para todo el que trabajaba y ahorrraba. Pero las ideas culturales no se plasman en el aire, sino que se concretan en *modelos y proyectos políticos*.

VI.- Modelos de país y proyectos políticos

En la segunda parte del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX, los presidentes tienen *un proyecto de país agroexportador*, y trataron con diversos medios de establecer un ordenamiento legal, comercial y social, en función de “promover el bienestar general”, según expresión de la Constitución Nacional. Se nacionalizan las aduanas (Garrel, 2007); se promueve la inmigración europea para “todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino”, fomentándose la colonización del territorio; se crea una legislación de navegación de los ríos; se crea un sistema ferroviario (2.500 Kms. en 1880 y 34.000 en 1916) y de correo (Sabato, 2004). En 1878, Argentina deja de ser importadora de trigo y pasa a ser exportadora. Se realiza una reforma monetaria, aunque las guerras y las inversiones públicas hicieron frecuentemente recurrir a la emisión monetaria, generándose entre 1880-1885 los problemas de la conversión o inconvención del peso oro y la moneda papel, y la crisis general del sistema económico (1890).

Luego de las guerras civiles, del establecimiento de la Constitución Nacional, de la expansión y consolidación de las fronteras “invadidas por los indios” (cuando en realidad los invasores y conquistadores fueron los blancos), se puso la cuestión de *qué hacer con los indios* y el Estado al final terminó matando a los que no se le sometían.

“El Estado realizó el traspaso de la tierra pública a manos privadas, a bajo costo y en grandes extensiones. Promovió las inversiones extranjeras, garantizando su rendimiento, y se endeudó para realizar obras públicas, impulsó la inmigración y emitió moneda de manera poco ortodoxa, a menudo a beneficio de inversores locales que recibieron créditos generosos” (Romero, 2003: 19).

El modelo agroexportador se basó en los recursos naturales del país y en la acumulación latifundista, aprovechando la mano de obra de la inmigración. Este modelo llegó a su ocaso con la crisis del capitalismo de 1930.

Argentina gestó un segundo modelo cultural y económico.

“Se llamó *Modelo de Sustitución de Importaciones* (1945-1976), o sea, el modelo de industrialización de la Argentina fuertemente impulsado por el Estado. Esta nueva orientación estuvo acompañada por una fuerte estructuración del movimiento obrero que pujaba por la extensión de los derechos sociales” (García Delgado, 2003: 118).

El desarrollo era concebido como un crecimiento industrial con distribución de ingreso y pleno empleo, con fuerte incidencia de la acción estatal y acceso de las masas obreras al consumo.

Económicamente entre 1928 y 1944, la inflación promedio había sido del 0,45% anual. En 1945, trepó al 19,7% y luego continuó creciendo, hasta 1975, a un promedio del 27,31% anual. Esto indica que Argentina es, económicamente hablando, un enfermo crónico: gasta más de lo que produce y, cada diez años aproximadamente, alguien debe pagar los gastos, y como suele suceder, lo pagan los más débiles (aumento del IVA, confiscación de parte del salario, incluso sustracción de parte del ahorro del salario que cobran los jubilados, devaluación, congelación de salarios, corralitos financieros, etc.).

Surgió entonces en América Latina, en la década de 1960-1970, una concepción socializadora con apoyo de sectores eclesiásticos (Conferencia General del Episcopado Latinoamericano; sacerdotes y obispos tercermundistas), que promovían una participación activa y popular para un cambio sociopolítico, buscando un cambio en las conductas y en las estructuras (Obispado, 1968: p. 29). Desde el punto de vista educativo, se acentuó la necesidad de alfabetizar conscientizando a quien aprende acerca de su situación sociopolítica. La disminución de analfabetos reales -sin capacidad de crítica- aumentaba geométricamente los alfabetizados funcionales (Merani, 2003: 131). Se hizo entonces patente la existencia de un curriculum manifiesto y utilitarista, pero nada crítico, y de un curriculum oculto e ideológico que lo sustentaba en la dinámica social del aula (Giroux, 2009: 63).

El Estado -luego llamado Estado Benefactor- vio su fin, en Argentina, con el golpe militar de 1976. Se ahogaron entonces los intentos de crítica social. Se instaló abiertamente un tercer modelo: el *modelo de acumulación*, llamado por otros aperturista o neoliberal. Se proponía cortar de raíz el problema gremial en cuanto era poder de sustentación de las fuerzas políticas.

Con la implantación de la democracia hubo avances institucionales, pero ninguna reorientación de la estrategia económica y se destruyó el proceso de industrialización y producción nacional. No se asignó ningún papel al Estado, que debía retirarse. Se valorizó el poder del mercado, la expansión de capitales y de la empresa privada, la cual debía tener ahora una visión global. La desregulación removía al Estado de las decisiones económicas. Las decisiones del Estado quedaron sin base y con el solo recurso del ajuste permanente para regular la recaudación y el gasto público, seduciendo a los partidos políticos con la tentación del endeudamiento o la emisión monetaria sin producción.

Entre 1975 y 1992 se llegó al desastroso promedio anual de inflación del 545,89%. En 1989, la hiperinflación alcanzó el 3.079,50%. En los países con economía estable, la inflación ronda el 4% anual. Sabemos que la *inflación es emisión de dinero sin respaldo productivo*; es un eufemismo, para indicar el quite que poder adquisitivo de los empleados o asalariados, encubriendo la irresponsabilidad de los gobernantes. En enero de 2002, al abandonarse la convertibilidad peso-dólar, se generó una disminución del poder adquisitivo del salario correspondiente a un dólar = cuatro pesos. Si hicieron presente, entonces, el desempleo, la desnutrición, la deserción escolar, la violencia en las calles (CELS. 2003). De hecho, Argentina ha involucionado económicamente. Con un sostenido crecimiento, Argentina llegará quizás a estar, en los niveles de bienestar de 1928, después de un siglo y medio (en el 2078).

El beneficio generalizado que se esperaba con la apertura unilateral de la economía (desregulaciones, privatizaciones) no se dio. Se generó una vulnerabilidad externa en la economía argentina, concentración de capitales, mercados financieros especulativos, evasión de capitales, corrupción, desempleo, pobreza y ausencia de competencia y de producción real.

Un proyecto de nación implica, en el fondo, una forma de concebir el mundo y lo típico del ser humano. En la Modernidad, esta concepción se redujo a *tres maneras fundamentales de pensar al hombre y a la sociedad*: a) éste es naturalmente un *lobo* para su semejante (Th. Hobbes) y lo que se requiere es un gobernante con todos los poderes; b) o bien el hombre es naturalmente *bueno* pero lo que instituye el poderoso lo corrompe (J. J. Rousseau); o c) finalmente, el hombre no es naturalmente ni bueno ni malo, sino *débil* (J. Locke): busca tanto el bien común como el bien individual; no es ni villano y ni héroe, por lo que puede ser cualquiera de las dos alternativas anteriores si no es protegido por la ley que exprese la justicia.

En la crisis del inicio de este siglo, en la Argentina, se presentaron *otras tres versiones sobre las causas del malestar social*, del rol del Estado y de estrategias de posible desarrollo del país (García Delgado, 2003: 152).

Modelo	Neodesarrollista	Neoinstitucional	Neoliberal
Diagnóstico	La causa del malestar social es el modelo neoliberal.	La causa se halla en el gasto público y en la falta de reformas.	La causa ha sido salir del modelo (devaluación, pesificación asimétrica).
Rol del Estado	Activo: generar valor agregado, estimular la producción, exportaciones y el crecimiento.	Fiscalista: mejorar el control fiscal y las reglas.	Mínimo: volver a una nueva convertibilidad. Reforma del Estado, reducir el empleo y dar seguridad.
Estrategia de desarrollo	Reforma tributaria. Promover las exportaciones y sustituir las importaciones. Reindustrialización.	Mantener el peso. Superavit primario alto. Mejorar la seguridad jurídica, las exportaciones y commodities.	Liberalización y apertura de la economía. Descentralización extrema a los municipios.

El americano del norte estuvo convencido por esta tercera concepción; por ello, se fue poniendo autolimites, discutiendo, elaborando y reconociendo leyes si esto le posibilitaba mayor seguridad y ampliar los intereses pragmáticos entre los individuos, haciendo primar el negocio (la acumulación de bienes y la inversión) sobre el ocio, en una nación que daba seguridades jurídicas para ello. Él, en su pragmatismo, no pretendió asemejarse a nadie, ni a los franceses ni a los ingleses; trató de ser lo que era: una persona concreta con intereses concretos, estableciendo normas de convivencia. Estimó que la salvación la debía lograr el individuo con sus propios esfuerzos; pero no creía que la salvación estaba en un solo individuo.

No dudo que los argentinos harían lo mismo si tuviesen esa cultura o modo de pensar y la misma seguridad jurídica que ellos lograron elaborar y controlar.

VII.- El ser de los argentinos y el problema de su educación

El ser social es algo que se construye y en el que intervienen numerosos factores (Searle, 1997). Por otra parte, el proceso educativo se halla inmerso en una problemática compleja donde intervienen valores subjetivos, políticos, económicos, morales, etc. (Torres Carrillo, 2000: 5-13). Y no obstante, sin ideas e interpretaciones previas las acciones no serían racionales, por lo que ha sido necesario delinear el ser de los argentinos tomando hechos históricos que fundamentan una interpretación. Por otra parte, los que han sido los argentinos en el pasado puede condicionarlos culturalmente; pero el pasado no determina a las personas necesariamente si éstas luchan por evadir la repetición de su pasado, aprendiendo de él.

Es innegable que Argentina ha sido un país conquistado lo que ha generado una situación de violencia establecida como forma de presencia y gobierno. Su forma de gobierno, durante la colonización, ha sido una forma impuesta, con notables actos de imposición, incluso de compra y venta de los cargos de cabildo en los que pudo haber alguna participación ciudadana.

También parece innegable que el clima cultural del indígena y del criollo tenía valores que no eran los apreciados por los conquistadores y colonos.

Incluso una vez generada la revolución de Mayo de 1810, el mismo gobierno local se halló dividido e indeciso acerca de valores fundamentales y formas de gobierno, por casi medio siglo, antes de encontrar una constitución nacional consensuada.

El ser de la sociedad argentina no puede ser estudiado *solo* como un problema militar o económico, aunque los indicadores señalan la poca participación numérica de la sociedad del interior argentino y los problemas económicos nos grafican rotundamente la ineficiencia de la gestión de los gobiernos argentinos de la época. Estos hechos han marcado el ser cultural del pasado argentino. Por ello, no pocos pensadores han dicho que

... El argentino es un individuo, no un ciudadano. Ésta es la razón por la que el Estado le resulta una abstracción, de lo cual pueden desprenderse tres consecuencias. 1) La falta de compromiso político y social con todo lo que sea público (siempre es mejor quedarse en casa viendo fútbol). 2) Falta de conciencia fiscal ¿para qué hay que pagar impuestos?). 3) Falta de controles: como el Estado no es de nadie, se lo puede llenar de amigos -uno más ¿qué le hace?-, ¡total a nadie le importa! El argentino solo concibe una relación personal. Por eso, para él, robar dineros públicos no es un crimen” (Dessein, 2003: 35).

VIII.- La solidaridad y desigualdad

Mas, sería inútil o masoquista detenerse en el pasado solo para lamentar lo realizado y achacar culpas; pero resulta útil para constatar en dónde estamos y qué se podría imaginar y pretender ser. El ser de la sociedad argentina no interesa tan sólo por lo que ha sido, sino para comprender los condicionantes de sus dificultades presentes y para lo que puede llegar a ser.

El pasado es condicionante, pero no determinante. Hoy somos lo que somos gracias al pasado,

y condicionados por él, sea para darnos lastre, sea, en otros casos, para ofrecernos alas; pero no implica que debamos ser siempre e irremediamente lo que fuimos en el pasado. Más bien, al contrario, la historia con sus dolores y alegrías, con los aciertos o desaciertos realizados, ayuda a cambiar. La vida es inevitablemente cambio y lo importante es tomar el timón del mismo.

Mas aunque el pasado, realizado por personas y naciones determinadas y (no por un anónimo tribunal de la Historia), sea condicionante, no puede, sin embargo, declararse impune ante las injusticias.

Ante tal situación, los filósofos de la Modernidad, tomando el concepto de *fraternidad* (de la herencia cristiana, de los gremios medievales y de los ideales de la Revolución Francesa) elaboraron el concepto *solidaridad*. Todo ciudadano debía ser considerado, en los momentos de incapacidad individual no buscada e imprevisible (ciertos casos de desgracia, desempleo, enfermedad, etc.), como formando un cuerpo social sólido y solidario: como una parte irrescindible de la totalidad o sociedad. La solidaridad no es un lujo, ni siquiera una exigencia solo moral: es una exigencia de sobrevivencia como especie humana.

Notables personalidades de la economía y de las finanzas han reconocido que la ceguera política frente a proteger normas de solidaridad social llega a afectar no solo la calidad de la vida humana; sino, incluso, la misma seguridad económica de un país. Guillermo Perry, economista en jefe del Banco Mundial, “consideró que el aumento en la desigualdad en la Argentina contribuye a un mayor nivel de violencia y de delito” (Perry, 2004). Según este economista, las reformas políticas estructurales de la década de 1990-2000 incrementaron la brecha de ingresos en el país, haciendo de la Argentina una nación con grande y creciente desigualdad. Existe una relación entre la justicia y la violencia; pero aún, a esto le sigue que cuando se reactiva la economía, en un clima de injusticia, el delito no baja en relación con el aumento de la reactivación económica. La apertura comercial aceleró la exigencia de cambio tecnológico y forzó a una mayor demanda de mano de obra calificada, lo que produjo el efecto no deseado de desigualdad salarial, empobreciéndose una gran mayoría de argentinos mientras se enriquecía una minoría selecta. Aumentó la productividad pero también el desempleo.

El alto nivel de desigualdad tiene un costo también para el crecimiento económico, porque reduce el acceso a la educación y a los servicios, mientras aumenta la tensión social. Si esto era dicho hace tres décadas atrás, se hubiese calificado de marxista a quien lo proclamase (sin que esto signifique que la verdad se hallaba, sin más, en el marxismo). Hoy los técnicos liberales, tímidamente, no pueden evitar constatarlo y decirlo.

En general, el Banco (Mundial) destacó que la mayoría de los economistas ahora considera que la desigualdad actúa como un posible freno para el desarrollo, por las dificultades en el acceso al crédito, en la educación y en el manejo de los ‘shocks adversos’, como la delincuencia y la violencia” (La Nación, 2004: 2).

Más allá de los sistemas políticos y económicos, lo que importa tener presente es que estos sistemas o están al servicio de los hombres o son inhumanos (impidiendo la expansión de las capacidades humanas, la asistencia sanitaria, la educación, la seguridad social, etc.) (Sen, 2000: 180).

Es un hecho constatado por las cifras del *Instituto Nacional de estadísticas y Censos (INDEC)*, que el 10% de la población más rica argentina, concentra el 44,5% de la renta y registra una brecha que separa 50 veces su riqueza con respecto a los sectores más pobres. En 1974, la diferencia era de 12 veces (La Nación, 2004: 2). El premio Nobel en economía, Joseph E. Stiglitz, ha indicado lo mismo refiriéndose a otros países, señalando los efectos de la economía en la creciente inseguridad nacional: “La privatización sin la imprescindible infraestructura institucional llevó más a la liquidación de activos que a la creación de riqueza” (Stiglitz, 2002: 306).

En las situaciones de crisis, reaparece un sentimiento opuesto al de la competitividad, y es el *sentimiento de solidaridad*, de “hacerse cargo del otro” arrollado por factores que no pudo prever (García Delgado, 2003: 118). En Argentina, la crisis del 2001 hizo surgir pequeños emprendimientos, propios de países del tercer mundo, pero no por ello despreciables, como las compras comunitarias, las ferias sociales, las huertas comunitarias, los micro-emprendimientos, las organizaciones de cartoneros. Argentina tuvo que dejar la ilusión de ser una gran nación y aceptar la idea de que es un país empobrecido.

No obstante, debe quedar esclarecido que la solidaridad no es consiste en una ayuda arbitraria o populista. Los filósofos liberales desconfiaron, no sin razón, de la ayuda y de la justicia social en manos de los gobernantes (siempre generosos con el dinero ajeno obtenido por recaudaciones tributarias, y siempre favorables al clientelismo partidario). Los individuos son libres y, en tanto son libres, son responsables de sus actos: si -pudiéndolo hacer- no prevén su futuro, no se capacitan, no producen y no ahorran, no merecen, en justicia, ninguna ayuda ni hay motivo para la solidaridad.

La competencia no debe estar reñida con la responsabilidad humana, ni el trabajo con los derechos laborales. Las empresas deben ser eficientes y ejemplares: la producción no puede ignorar la existencia de mano de obra infantil y la discriminación. Un buen inversor exige no solo eficiencia sino también transparencia en las cuentas. Las empresas más éticas garantizan mejor los ahorros. El problema de la producción argentina estuvo históricamente viciado por la ausencia de ética empresarial y humana.

En este contexto, el Estado o sociedad providencialista y benefactor ha respondido -en el mejor de los casos- a una mentalidad social, solidaria. Por el contrario, el Estado minimista (cuya función se reduce a una administración mínima del poder, descuidando la protección a los débiles) se corresponde con una concepción llamada de liberalismo salvaje.

No obstante, entre la intervención despótica del Estado en los asuntos privados de los socios (hasta el punto suprimir la libertad de pensamiento, de expresión y de conciencia), y la no intervención en absoluto, con abandono de sus socios más débiles, hay matices. La libertad no puede ser una excusa para la injusticia social, para el cuidado de todos los socios inocentes, necesitados de ayuda, por causas ajenas a su voluntad (cataclismos, desempleo forzoso, etc.). Es mediante la libertad que los socios deben prever leyes de protección para los que carecen de igualdad de oportunidades iniciales como socios (igualdad ante la ley en posibilidades de educación, de vida saludable, de administración de justicia, de seguridad social).

Ante tal disyuntiva, hoy parecen caducas las alternativas, por un lado, de los que esperan todo

del Estado, como, por otro, de los que no esperan nada de él. La misma noción de *Estadonación*, en el contexto de la globalización, es puesta hoy en cuestión como una categoría que debe ser integrada en un *bloque de Estados o comunidad regional*.

Hoy, según algunos pensadores, se está pensando, desde la perspectiva francesa e incluso norteamericana, en la *refundamentación de un nuevo Estado providencia*, no solo desde la idea de un fortalecimiento del vínculo nacional -sentimiento que los países poderosos no dejan de alentar al mismo tiempo que se organizan en bloques de naciones-; sino también desde el perfeccionamiento de la lógica individualista: algunos Estados y personas se consideran como víctima por *no haber gozado de igualdad de oportunidades*.

Lo que se desea lograr es el equivalente de una justicia distributiva, radicalizando el principio de una justicia conmutativa. Como no es de esperar gran ayuda para quien se declara sin más pobre, se recurre a la idea de *emprobrecido injustamente*, en el pasado con consecuencias para el presente, y de indemnización civil.

“No es en tanto miembros de la sociedad y teniendo por ese título derechos sociales como las minorías procuran hoy en día beneficiarse con transferencias públicas en los Estados Unidos: es poniendo delante el estatuto de víctimas. Víctimas de un daño actual, pero también víctimas de una injusticia pasada. Es esto lo que explica la referencia constante a la esclavitud del siglo XIX por parte de la comunidad negra” (Rosanvallon, 2011: 65).

En este contexto, la sociedad no es aseguradora gratuitamente o por caridad, sino por derecho: por un derecho de reparación ante las desigualdades de oportunidades pasadas y presentes.

El modo de ser de los ciudadanos argentinos es, en este marco de referencia, *solidario por sentimiento* (hasta el punto de defender frecuentemente al ladrón pobre, aunque infrinja la ley) e *individualista por lógica* (hasta el punto de que no desea la intervención del Estado en sus asuntos, al cual ve más bien como un corrupto o ladrón, dado el mal uso que ha hecho de los recursos y los privilegios). La *contradicción* está también aquí presente en el modo de ser argentino. Ya los próceres argentinos habían bebido ideas de la constitución norteamericana pero también de los iluministas franceses; ideas de libertad y de igualdad que resuenan en su himno nacional: dos ideas que no se concilian fácilmente.

IX.- El desarrollo humano

El desarrollo humano implica el desplegarse de todas las posibilidades que pueden surgir, por muy diversos motivos, de ese ser humano. El desarrollo humano no implica la riqueza que un ser humano (individual o socialmente considerado) tiene; sino que pone su mira en lo que no tiene aún pero podría adquirir. Para el conquistador español, como para el caudillo hacendado argentino, la riqueza estaba en la tierra, como algo dado por la naturaleza, anterior al esfuerzo de crearla. Se puede nacer rico, pero no desarrollado; Argentina nació rica (en recursos) pero no se ha desarrollado y por ello peligran incluso la riqueza de sus recursos.

“Desarrollo” o “subdesarrollo” constituyen dos nociones relacionadas o relativas; surge de comparar dos formas humanas de vivir y puede aplicarse a diversos aspectos. El desarrollo de una sociedad humana implica haberse aclarado antes el concepto de lo entendido por “hu-

mano”. Si nos interesa hacernos un concepto sobre “el ser de la sociedad argentina”, nos interesa por dos motivos: para saber cuán humana (o inhumana) es y cuánto podemos esperar (o desesperar) de la ayuda de un proceso llamado “educación”, entendido al menos como proceso de aprendizaje, de desarrollo de posibilidades y de autogobierno de nuestras vidas, en la dimensión individual y social de las mismas.

El desarrollo económico es fácilmente detectable. Es suficiente calcular el ingreso por habitante y por año y su crecimiento. Cuando éste es constante y alto un país se halla en vías de desarrollo y de crecimiento económico, como fue el caso de Corea que entre 1980 y 1992 creció un promedio del 8,5% anual.

¿Pero cómo evaluar el crecimiento o desarrollo en la forma humana, cultural de vivir, incluyendo, pero superando, el índice económico? Un indicador del desarrollo humano, en el nivel social, está dado por la capacidad que poseen los individuos -y la sociedad con sus instituciones y leyes- para *combatir la corrupción institucionalizada*.

En esta batalla, Argentina ha perdido muchas décadas: ha tenido varias décadas morales infames donde la corrupción se ha intensificado, dada la ineficacia de la clase dirigente, más interesada en prebendas que en el bien común social y en la planificación y previsión de un futuro viable. ¿Qué perspectiva puede tener una nación cuando, en el siglo XXI, en 2003, según las estadísticas, de los 3.188.304 habitantes que van desde los 15 a los 19 años, entre el 30 y el 40% no estudia ni trabaja; con un tercio de la población urbana viviendo en villas de emergencias; con una inseguridad generalizada? Argentina, sobre todo por una corrupción endémica, ha dilapidado demasiadas oportunidades para crecer, para tener movilidad social y expectativas de mejoramiento. El combate por la corrupción debe comenzar también en la escuela, generando aversión a cualesquiera de sus formas, e indicando posibles formas para oponerse a ella. La corrupción no es un destino inevitable (Martínez Nogueira, 2003: 9-27).

Quizás, filosóficamente, podamos medir el *desarrollo cultural*, indirectamente, esto es, midiendo el desarrollo de las potencialidades que tiene un país (y no sólo por relación a otros países) de *pasar de condiciones menos humanas a otras más humanas* (Paulo VI, 1967: 21), como por ejemplo, un incremento en valores tales como crecientes condiciones para acceder a recursos vitales; disminuir el abuso de poder, la injusticia, la ausencia estructural de educación y de salud de la población; ofrecer igualdad de oportunidades para sus socios, posibilidad de cooperación mutua y paz).

El *desarrollo cultural* en esos valores, (con la concomitante forma de pensar y vivir presentes en los actores sociales) implica *armoniosa e interactivamente* el desarrollo político (del poder legislativo, judicial, ejecutivo y de la participación ciudadana) y el económico (la capacidad de ganancia mediante la producción y el intercambio). La obsesión, primacía y desarmonía del factor económico, tanto en los sistemas políticos de derecha como de izquierda, hace que interese más la flotación del tipo de cambio en el mercado o la rigidez del mismo, que la flotación de cadáveres en el Río de la Plata o la rigidez de los secuestrados (Grondona, 2000: 78).

Un país que cuida más la adquisición corrupta de capitales que a sus ciudadanos, se quedará presto sin capitales, pues hace pensar en la pronta fuga de esos capitales, ya que nadie sensato mantendría por mucho tiempo su dinero en un país corrupto. De hecho se dio, en la Argentina, un círculo vicioso establecido entre el ajuste permanente y los préstamos de organismos inter-

nacionales que solo apalancaban la fuga de capitales (García Delgado, 2003: 176). Sin prioridad política justa no hay prioridad económica segura, y no hay prioridad política justa sin prioridad cultural (respeto y control por parte de la población de instituciones justas) que la sostenga (North, 2004).

El respeto y la corrección de la Constitución es la base ética constitutiva de la cultura de una sociedad moderna. Lo opuesto, si es arbitrario, es la jungla. Mas la Constitución no se sostiene si los ciudadanos no se preocupan por su vigencia. No se puede esperar heroicidad en todos los ciudadanos ni puede prosperar una sociedad donde la mayoría fuese excesivamente corrupta o egoísta: la mayoría de una sociedad suele ser *razonablemente egoísta*; y debe cuidar su propio bien cuidando el bien de todos que es la Constitución de la sociedad.

"En la *benevolencia social*, pues el hombre no se olvida de sí mismo, como en la *amistad*, sino que se considera y se ama como miembro de la sociedad. Es más, él se asocia con las otras personas únicamente por la ventaja que prevé le debe venir por esta asociación. El no se apega a la asociación, no ama la sociedad, ni ama el bien común de la sociedad sino *finalmente por su bien propio*, por amor de sí mismo; ama el bien de los otros no propia y necesariamente porque es un bien de los otros, sino porque lo encuentra como una condición necesaria para su bien particular. La benevolencia social tiene, pues, un origen subjetivo: *es el amor subjetivo que genera un amor objetivo*, el cual sin embargo no ocupa en el corazón humano sino un lugar secundario" (Rosmini, 1972: 152-153).

No pocos pensadores nos han recordado que una errónea interpretación o aplicación del programa de gobierno contenido en la Ley Fundamental, al margen de ciertos factores exógenos, es la causa fundamental de las crisis de la Argentina. A una república le es fundamental la división efectiva y sostenida de los poderes supremos; pero reiteradamente se mantiene solo una formalidad de división de poderes y una muy efectiva, y sutil, unificación de los mismos en el poder ejecutivo, "omnipotente y contradictorio" (Dessein, 2003: 157). El poder, sin justicia real, es abuso de poder, impunidad y corrupción.

La concepción del hombre y de la sociedad está en constante repensamiento. Los ideales de la revolución francesa abrieron las puertas a la organización social de la *igualdad* (entendida diversamente: como igualdad o imparcialidad de trato ante la ley, según el liberalismo, y como igualdad materialmente controlada según los socialismos); de la *libertad* (entendida como el ejercicio de la elección y como no intervención de los demás en las propias decisiones y en los propios bienes, según el liberalismo; y como elección limitada por la intervención del Estado en todo lo que produce desigualdad, pues la tierra y otros bienes son pensados como dones dados a todo hombre por igual); y finalmente, a la organización de la *fraternidad o solidaridad*, entendida como caridad o limosna en cierto liberalismo, pues nadie está obligado en justicia y por ley a sostener a los irresponsables, imprevisores u holgazanes; y como derecho a la protección de todos los socios discapacitados, por parte del Estado, según el socialismo, pues ningún hombre busca su propia desgracia.

En el ámbito del liberalismo, lo que se debe cultivar son las virtudes descritas por Max Weber en su clásica obra *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*: la piedad, el comercio, la libertad; aprecio por el tiempo, por el ahorro, la responsabilidad y autonomía en los propios actos, individuales y sociales. Su punto de partida se halla en que el hombre trabaja porque es

pobre y en tanto lo sea. El ideal del hombre debería ser lo más activo posible, trabajar y prever enriqueciéndose y transmitiendo riquezas crecientes a sus seres queridos. Tal parecen ser los valores fomentados por una concepción política y económica capitalista (Harrison, 2009).

En el ámbito del socialismo, el hombre es naturalmente bueno y la sociedad lo corrompe con leyes de apropiación injusta o desigual. Las virtudes fundamentales consisten en aprovechar gozosamente el mayor tiempo posible, en acumular solo lo necesario, confiando en la ayuda de los demás en caso de necesidad. El ideal del hombre se halla en llevar una vida con el menor sacrificio posible, con el mayor gozo de los bienes de la tierra compartidos solidariamente, sin afán de enriquecimiento y de acumulación más allá del necesario para la vida digna de cada persona.

Ambos sistemas, en sí contrarios, estimaban ser los más racionales y adecuados al ser del hombre e indicadores del ser de la sociedad ideal.

X.- Tres actitudes

Los sistemas sociopolíticos no son nunca puros. Tanto la libertad (sostenida por el liberalismo como valor fundamental), como la igualdad (también sostenida por el socialismo como valor fundamental) son igualmente necesarias y se requieren mutuamente para que una sociedad sea humana. Parecería que el ideal tiende hacia donde se dirigen ciertos países del norte europeo: libertad para tender a la igualdad de condiciones (no necesariamente de resultados) sociales; e igualdad para asegurar una creciente libertad social. Ambos sistemas no pueden llegar al punto de ser insolidarios con los socios inocentes e indefensos, pues ninguna sociedad se sostiene si no prepara (mediante un proceso de educación y socialización de valores fundamentales) y cuida a sus socios presentes y futuros.

Ante una actitud irresponsable, no cabe esperar solidaridad. El argentino, en este contexto, ha tomado *tres actitudes* considerándose víctima del destino: una *actitud estoica* que aguanta, sin quejas “porque así es la vida”, los sinsabores de la misma (que en realidad se deben a una vida poco previsor y responsable). Otra actitud se venga de su situación y sobrevive con la *viveza criolla*, resignándose a trapear donde no pudo triunfar de otra manera (según él por una causa imprevisible: la mala suerte, “la suerte esquiva”). La tercera actitud se ha centrado en el intento de *revolucionar* el sistema, abandonando la idea de cambio democrático.

Ninguna de las tres -en sí mismas- parecen dignas del ser humano y, por ello, son humanamente inaceptables. Ortega y Gasset sostenía que las revoluciones tienen una doble faz: por un lado, son indicadoras de cambios estructurales profundos; y, por otro, son criminales por las muertes y desmanes que provocan. Se debería emplear el inagotable recurso de *la participación ciudadana*, del cambio en la democracia, para aprovechar lo positivo de ellas y evitar lo negativo (Ortega y Gasset, 1983, X: 117,125, 36). Una democracia humana, eficiente en sus poderes, participada con los socios ciudadanos, favorece el desarrollo en todas las dimensiones (en lo económico, social, cultural: en la libertad, en la investigación, en la producción, en la educación, etc.) y hace innecesario otros recursos que terminan suprimiéndola por no haber sido real y eficiente, sino aparente y formal.

Como afirmaba Anthony Giddens respecto de Europa, podemos pensar que también Argentina necesita una «segunda oleada» de democratización. Las estructuras políticas actuales, inclui-

dos los sistemas parlamentarios nacionales ortodoxos, hasta las más democráticas, no son suficientemente democráticas en una era de información globalizadora. La falta de transparencia de las instituciones públicas, la excesiva influencia del poder empresarial, la «política de los medios de comunicación», los acuerdos entre bastidores, la falta de representación de las mujeres y de las minorías étnicas, son fallos que se encuentran hasta en los países más democráticos.

La sociedad y la concepción política de la misma se ha vuelto frecuentemente esquizofrénica y pendular entre las tendencias al socialismo (más frecuente en las situaciones de crisis económicas colectivas) o al liberalismo (más frecuente en las situaciones de prosperidad).

Ambas concepciones, la liberal o la socialista, llevadas a su extremo parecen excluirse y se vuelven inhumanas, pues no hay vida humana sin márgenes de libertad e igualdad. La cuestión es más bien *un problema de grados y de tiempos hacia un ideal común que incluya ambas virtudes o cualidades*; y, en efecto, el liberalismo desea partir de la libertad y de la tolerancia para llegar a acercamientos igualitarios sin la supresión de la libertad; y el socialismo desea comenzar por la igualdad para que pueda ejercerse la libertad y evitarse la imposición por la necesidad, para lo cual se requiere igualdad de fuerza, poder y bienes incluso materiales. Igualdad, libertad, solidaridad son ideales que no parecen se puedan conseguir todos al mismo tiempo para todos, pero debe ser sólo una cuestión inevitable de tiempo y, aun así, lo más equitativa posible. Lo que en principio parece claro es que el desarrollo económico no puede ir a la par de la injusticia social, ni la justicia social no puede ir a la par con el estancamiento económico. El *subdesarrollo social es por sí mismo una injusticia* cuando constituye una falta de desarrollo que pudo ser evitada; cuando fue causada por hechos de injusticia, manifestados en un desempleo estructural de larga data, una profundización de la pobreza y el surgimiento de nuevos pobres (clase media empobrecida) y, por un lado, una falta de acceso de los jóvenes a la producción social y, por otro, una expulsión de los mayores de cuarenta y cinco años (lo cual genera una desintegración familiar, una inseguridad en el ámbito de la salud y la imposibilidad de una jubilación futura).

En la medida en que aumentan las crisis económicas la mayoría tenderá a soluciones solidarias; en la medida en que aumenta el bienestar general, las mayorías tenderán a soluciones menos ligadas a la intervención del Estado y a imposiciones de recaudación. Mas las minorías numéricamente pueden ser, en algunas circunstancias, la mayoría del poder económico y generar la mayoría de la opinión pública.

En esto consiste fundamentalmente el mecanismo ideológico: en hacer pasar teórica y prácticamente por bueno para todo lo que en realidad es lo conveniente para un grupo que se beneficia (Ramón García, 1998: 61-76).

XI.- La función de los educadores

Ante tales problemas, la *función de los educadores* no resulta ser nada clara ni fácil (Daros, 1998). Por otra parte, no parece ser la tarea del docente el transmitir verdades, sino el posibilitar la crítica de las mismas, a todo y cada uno de los ciudadanos; y esto puede hacerse sólo desde dentro de un sistema político democrático, por débil y corrupto que aún sea. La democracia se corrige con más democracia y aprendiendo dolorosa y pragmáticamente de las consecuencias de nuestros actos. Platón fue quizás el primero que no creyó en que los hombres pue-

den corregir los errores de la democracia con más democracia y se inclinó a favor de la idea de educar sólo a un grupo dirigente de iluminados custodios; pero ¿quién custodiará a los custodios?

El ser humano ha llegado a una situación en la que debe preservar el poder decidir qué seguirá siendo humano y qué será inhumano. Quizás se podría considerar que es humano sólo el que se preocupa por los otros humanos. La ignorancia del otro, la indiferencia ante el otro, parece ser lo típicamente inhumano.

La evolución social y cultural quizás -como lo ha sido la evolución biológica- tiene una finalidad clara y ciega al mismo tiempo: claramente vivir y sobrevivir lo mejor posible; pero una finalidad ciega en cuanto a la finalidad a largo plazo (para sus descendientes lejanos) y en cuanto a los medios que debe emplear. Estando así las cosas, surge un doble problema: el de los fines de la vida y de la sociedad humana, y el de las estrategias para lograrlo (Huntington, 2004: 76-87).

Fácilmente se estará de acuerdo en que el altruismo es mejor que el egoísmo, entendido como ideal de vida humana y social; pero ¿por dónde comenzar? De hecho, ¿no se preocupa cada uno ante todo por vivir? ¿Se deberá considerar como buena la estrategia de hacer a todos altruistas por decreto o por la fuerza o, más bien, se deberá tener el idea del construir una sociedad más humana, ampliando la inclusión de todos los hombres en su condición de humanos como un ideal a más largo plazo, sin renunciar a desarrollar al mismo tiempo las ideas políticas (formas de gobierno), culturales (formas de vida) y económicas (estrategias de costo-beneficio) al mismo tiempo?

XII.- Los valores y la educación

Es lógicamente esperable que, con el aumento de bienes disponibles, aumente el número de los seres humanos que tengan una calidad de vida mejor: mejores alimentos, más tiempo para una mejor educación, mejores retribuciones y menos tiempo dedicado al trabajo indeseado; pero estos aumentos de calidad deben ser tales que no frenen la fuente que los posibilita: una cultura del trabajo y del esfuerzo constante y creativo, una cultura política que controle los desvíos de la corrupción y de la acumulación y distribución inequitativa (Olson, 2006). Seguir acumulando para el futuro cuando se podría gastar en el presente exige un gran equilibrio entre el despilfarro y la avaricia; requiere un gran dominio de voluntad orientado por un libre ideal de crecimiento y no de estancamiento.

Son siempre las ideas y los valores -conscientes e inconscientes, los conocimientos y las creencias, no desconectados de cierto realismo o pragmatismo- los que guían la actividad humana. Se podría decir que un *valor* es lo que tiene un precio y vale a tal punto que mueve el psiquismo humano (a pensar, querer, apreciar, comprar, etc.). Un valor (sea real en su fundamento o solo pensado como tal o creído; sea objetivo o subjetivo, o negociado; sea referido a lo económico, a lo estético, a lo intelectual o moral) es el *motor* de la vida humana. La *total ausencia de valores significaría la parálisis de la vida psíquica* humana: solo quedarían las necesidades meramente biológicas e impulsivas. Los *valores últimos* dan respuestas a preguntas fundamentales, más allá de las cuales no tiene sentido preguntarse. Los valores dan sentido humano a la vida.

El animal tiene necesidades biológicas; el hombre -si supera la vida animal- necesita valores. Los valores indican lo que queremos, aunque no sepamos cómo conseguirlos (y para esto último entrará en juego la razón y la prudencia buscando los medios). Dado que los valores indican lo que queremos (individual o grupalmente, consciente o inconscientemente) ellos *no son un destino inexorable*, sino que están sujetos a cambio.

En la Constitución Nacional, los argentinos han plasmado o aceptado valores fundamentales que los constituyen en socios y hacen de ellos una sociedad. Lamentablemente, la Constitución suele ser descuidada en la vida argentina. El descuido de esta norma fundamental es el inicio de todas dificultades siguientes, pues sin una Constitución vivida no hay nación viviente. Los mayores problemas no se hallan en la Constitución, sino en su escaso cumplimiento por parte de los socios o ciudadanos argentinos, gobernados o gobernantes. Cuando no nos rige la ley suprema, nos dirigimos en una dirección en la que nos regirá el caos supremo. En este contexto, las instituciones educativas tienen una gran tarea que no consiste solo en instruir, sino en iniciar en una vida ordenada, regida por normas y convenciones sociales criticadas y consensuadas.

La historia del ser de los argentinos da pie para insistir en esta necesidad de educarnos para saber establecer leyes, criticarlas -cuando sea necesario- y cumplirlas.

Los valores indican el *aprecio por cierto proyecto de vida* individual (valores individuales) o compartidos (valores sociales), que intervienen en el momento en que nos relacionamos o realizamos transacciones (valores culturales, de mercado, etc.). Un sistema de valores y se adhesión a ellos -siendo capaz de renunciar a lo contrario- es lo que constituye en *núcleo de una personalidad o de la cultura* de una nación, lo que le otorga a ella fuerza, valor (*vis=virtud*). La diversa escala de valores es lo que diferencia a las personalidades, a las culturas, y a las civilizaciones.

En este contexto de valores, la riqueza es siempre un valor instrumental, un medio para otros valores, excepto en el vicio de la avaricia, donde se convierte en un fin o en la dilapidación donde carece de valor. El dinero manda cuando, en una cultura, no hay otro valor superior que mande, por ejemplo, la raza, la religión, la belleza, la política, las ideas, la justicia, la verdad, el amor, etc.) (Ortega y Gasset, 1983: X: 240, VI: 315). Por ello, a través de las conductas humanas podemos ver por qué valores se mueven los hombres y las sociedades. Si cambian los valores, cambian las conductas y los modos sociales de ser y apreciar. Hay sociedades que aprecian el cambio, el desarrollo, la justicia; en otras esos valores no son importantes ni vigentes.

Los seres humanos no son meramente lo que traen al nacer, sino lo que se hacen. Si lo natural-biológico es aquello con lo cual nacemos, entonces los hombres somos más que eso por educación (Peyrefitte, 2006).

Para repensar

La convivencia social nos exige prepararnos para ser personas *eficientes* pero también *morales*. Es eficiente quien elige medios adecuados para conseguir los fines que se propone; pero es, también moral quien se propone además buenos fines últimos, esto es, acordes a la convivencia social, no reducibles a un medio.

Ya no se puede volver a la edad de piedra romantizada; somos hijos del tiempo y estamos penetrados por la mentalidad moderna que utiliza la razón como un formidable instrumento de análisis para resolver problemas y corregir lo incorrecto, sin reducir al hombre a la razón.

Debemos, por ello, habituarnos a *pensar en forma sistemática, compleja*: ni solo atenernos a los valores (lo que es propio de la sabiduría de vida) sin pensar en las consecuencias prácticas a las que llevan (lo que es propio de la imprudencia), o sin pensar en su viabilidad (lo que dejaría a los valores en un mundo perpetuamente utópico); ni solo atenernos a los medios y las consecuencias pragmáticas sin respetar los valores (maquiavelismo).

El argentino ha sido una persona guiada por la *preocupación del dinero*, por la idea de la *imposibilidad de participación y cambio* en lo que se presentaba como el poder (de los conquistadores, de los caudillos, de los estancieros, de las colosales e irresponsables deudas contraídas por gobiernos que no lo representan); por la idea de *suerte* para evadir el poder-destino o por la *viveza criolla* como cínica venganza por esa situación no querida.

Los problemas sociales argentinos son complejos y se hallan enraizados en una cultura secular. Sería utópico esperar cambios inmediatos; pero también es irreal no creer en la posibilidad de cambio.

La *perspectiva histórica de lo que hemos sido los argentinos*, debe prepararnos para superar nuestras debilidades históricas y aprovechar las fortalezas de los argentinos de excepción (que aún siendo de excepción no son por ello una minoría, aunque influyan menos en la generación de la opinión pública). Ello requiere concebir el proceso educativo como la adquisición un modo diverso: *pensar racional y crítico, pero también ético* (que no suprime la solidaridad pero la encausa): abierto a la creatividad, a nuevas perspectivas, al análisis de las creencias, a la eliminación de sofismas, a la solución de problemas, a la producción de mejores condiciones de vida; abierto a las dificultades que hacen crecer, a la autodisciplina y al largo plazo, a la cooperación, al mérito, a la asociación y al juego limpio, a asumir la responsabilidad de la propia vida, al diálogo; abierto al respeto de la Constitución y las leyes, al respeto solidario por los demás, al aprender y al enseñar y, en esto, las instituciones educativas tienen una importante misión, sin ser una solución mecánica para todos nuestros males.

XIII.- Referencias Bibliográficas

ACOSTA, A. (2010) *El desarrollo en la globalización, El reto de América Latina*. Caracas, Nueva Sociedad.

ALBERDI, J. B. (2002) *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*. Buenos Aires, Estrada.

ARISTÓTELES. *La Política*. (2002) Buenos Aires, Aguilar.

BELGICH, Horacio. (2003) *Escuela, violencia y niñez. Nuevos modos de convivir*. Rosario, Homo Sapiens.

- CANGUILHEM G. (2009) *Ideologie et rationalité dans les sciences de la vie*. Paris, Vrin.
- CELS. (2003) *Derechos humanos en Argentina. Informe 2002-2003*. Bs. As., Siglo XXI.
- CORNEL, R. (2009) *Escuelas y justicia social*. Madrid, Morata.
- DAROS, W. (1998) *La filosofía de la educación integral en el pensamiento de M. F. Sciacca*. Rosario, CONICET-CERIDER. En www.williamdaros.wordpress.com
- DAROS, W. R. (2001) *Moralidad, el yo y la solidaridad social deseada, según R. Rorty* en *Invenio*. n° 7, p. 41-62.
- DELICH, F. (2012) *La crisis en la crisis. Estado, Nación, Sociedad y Mercados en la Argentina contemporánea*. Bs. As., Eudeba.
- DESSEIN, D. (Comp.) (2003) *Reinventar la Argentina. Reflexiones sobre la crisis*. Bs. As., Sudamericana.
- ECHENIQUE, Mariano. (2003) *La propuesta educativa neoliberal. Argentina (1980-2000)*. Rosario, Homo Sapiens.
- GALLO, Marcos Esteban. (2005) “Masificación de la educación superior: una reflexión acerca de sus causas y contradicciones” en *FACES*, n° 11 (22). pp. 49-64.
- GARCÍA DELGADO, D. (2003) *Estado-Nación y la crisis del modelo. El estrecho sendero*. Bs. As., Norma.
- GARCÍA HAMILTON, J. (2010) *Los orígenes de nuestra cultura autoritaria (e improductiva)*. Bs. As., Calbino.
- GARREL, F. (2007) *La aduana. Su origen. Su evolución*. Buenos Aires, IARA, 2007.
- GIROUX, H. (2009) *Los profesores como intelectuales. Hacia una pedagogía crítica del aprendizaje*. Madrid, MEC.
- GRANATAQ, M. – BARALE, C. (2001) *Problemas epistemológicos en el conocimiento social e histórico* en *Fundamentos en Humanidades*, n° 1, pp. 59-77.
- GRONDONA, M. (2010) *Hacia una teoría del desarrollo. Las condiciones culturales del desarrollo económico*. Bs. As., Ariel-Planeta.
- GUADAGNI, Alieto et al. (2002) *En busca de la escuela perdida. Educación, crecimiento y exclusión social en la Argentina del siglo XXI*. Bs. As., Instituto Di Tella.
- HALPERÍN DONGHI, T. (2009) *La Argentina y la tormenta del mundo. Ideas e ideologías entre 1930-1945*. Bs. As., Siglo XXI.

- HALPERIN DONGHI, T. (2005) *Tradición política española e ideología revolucionaria de mayo*. Bs. As., Centro Editor de A. Latina.
- HARRISON, L. (2007) *El subdesarrollo está en la mente*. Madrid, Playor.
- HARRISON, L. (2009) *El sueño panamericano. Los valores culturales latinoamericanos, ¿desalientan una asociación auténtica con Estados Unidos y Canadá?* Bs. As., Ariel.
- HOPENHAYN, M. – OTTONE, E. (2001) *El gran eslabón. Educación y desarrollo en el umbral del siglo XXI*. Bs. As. FCE.
- HUNTINGTON, S. P. (2009) *El orden político en las sociedades en cambio*. Bs. As., Paidós.
- HUNTINGTON, S. P. (2004) *La tercera ola. La democracia a finales del siglo XX*. Bs. As., Paidós.
- KETTI, D. (2011) *The Global Public Management Revolution A Report on the Transformation of Governance*. Washington.
- LA NACIÓN. *Impacto negativo sobre el crecimiento* en www.lanacion.com.ar. Economía, (28/06/04).
- MAFUD, J. (2008) *Psicología de la viveza criolla. Contribuciones para una interpretación de la realidad social argentina y americana*. Buenos Aires, Distal.
- MARTÍNEZ NAVARRO, E. (2000) *Ética para el desarrollo de los pueblos*. Madrid, Trotta.
- MARTÍNEZ NOGUEIRA, R. (2003) *Calidad institucional y reforma de la gestión pública en Política y Gestión*, n° 5, p. 9-27.
- MASTRONARDI, C. (2002) “Rasgos del carácter argentino” en AGOSTI, H. – MASTRONARDI, C. *El ensayo argentino*. . Bs. As., Centro Editor de América Latina.
- MERANI, A. (2003) *La educación en Latinoamérica: mito y realidad*. México, Grijalbo.
- NICOL, E. (2002) *Crítica de la razón simbólica*. México, FCE.
- NORTH, D. (2004) *Estructura y cambio en la historia económica*. Madrid, Alianza.
- OBISPADO. (1969) *Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Medellín. Septiembre de 1968*. Bs. As., Paulinas.
- OLARRA JIMÉNEZ, R. (2008) *Evolución monetaria de la Argentina*. Bs. As, Eudeba.
- OLSON, M. (2006) *Auge y decadencia de las naciones*. Barcelona, Ariel.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1983) *Obras completas*. Madrid, Alianza.

PAULO VI. *Populorum progressio* (1967), n° 21.
http://www.vatican.va/holy_father/paul_vi/encyclicals/documents/hf_p-vi_enc_26031967_populorum_sp.html

PÉREZ, P. (2010) “La crisis económica y sus impactos sobre la política de empleo e ingresos en argentina” en: *Revista Ser social*, Vol 12, N° 26, pp.1-22.

PERRY, Guillermo. “Entrevista con Guillermo Perry” en *La Nación*, Lunes 28 de Junio de 2004 (www.lanacion.com.ar).

PEYREFITTE, A. (2006) *La sociedad de confianza*. Santiago, Andrés Bello.

POMBO, M. (2008) *Crisis e identidades colectivas en América Latina*. México, Plaza y Valdes.

QUINTANA CABANA, J. (2000) *La contribución de la educación al desarrollo social en Revista Española de Pedagogía*, n° 216, p. 213-234.

RAMÓN GARCÍA, J. (1998) *Teoría crítica en Ciencias Sociales: Conocimientos, racionalidad e ideología* en *Revista de Ciencias Sociales*, n° 80, p. 61-76.

RAPOPORT, M. Y Col. (2000) *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2000)*. Bs. As., Macchi.

ROBBACO, Inés. (2003) *El desnutrido escolar. Dificultades de aprendizaje en los niños de contextos de pobreza urbana*. Rosario, Homo Sapiens.

ROMERO, L. A. (2004) *Breve historia contemporánea de la Argentina*. Buenos Aires, FCE.

ROMERO, L. A. (2003) *La crisis argentina. Una mirada al siglo XX*. Bs. As., Siglo XXI.

ROSANVALLON, P. (2011) *La nueva cuestión social. Repensar el Estado providencia*. Buenos Aires, Manantial.

ROSMINI, A. (1972) *Filosofía de la política*. Milano, Marzorati.

SABATO, H. (2004) *La política de las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*. Bs. As., Universidad Nacional de Quilmes.

SARLO, B. (2001) *La batalla de las ideas (1943-1973)*. Bs. As., Ariel.

SEARLE, J. (2007) *La construcción de la realidad social*. Barcelona, Paidós.

SEN, Amartya. (2007) *Desarrollo y libertad*. Barcelona, Planeta.

STIGLITZ, J. (2002) *El malestar en la globalización*. Bs. As., Taurus.

TORRES CARRILLO, A. (2000) *Educación popular, subjetividad y sujetos sociales en Pedagogías y Saberes*, nº 15, p. 5-13.

ZIZEK, S. (2008) *El sublime objeto de la ideología*. México, Siglo XXI.

William Roberto Daros

daroswr@yahoo.es

Es profesor en Letras (Córdoba), licenciado y doctorado en Filosofía (Rosario). Ha cursado además, durante varios años, y se ha graduado también en Italia (Roma), donde ha realizado y presentado trabajos de investigación filosófica (Stresa).

Actualmente es docente de filosofía, e investigador principal, -con sede en la Universidad del Centro Educativo Latinoamericano (UCEL)-, del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), aplicando sus investigaciones preferentemente al ámbito de la filosofía de la educación. Forma parte, además, del Comité de Pares de la Comisión Nacional de Evaluación y Acreditación Universitaria (CONEAU) y de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica (ANPCyT), Ministerio de Cultura y Educación. Ha publicado 28 libros y más de 290 artículos sobre filosofía y educación en revistas especializadas de 20 naciones. En mérito a sus escritos ha recibido Medalla de Oro de la Universidad Estatal de Génova (DI.S.S.P.E). Ha dictado, como profesor invitado, cursos y conferencias en diversos países de América y de Europa.

Véase: www.williamdaros.wordpress.com